

LA QUINTA VICTIMA

A woman with long, wavy hair is shown from the chest up, submerged in water. Her eyes are closed, and she has a serene expression. Bubbles are rising from her mouth and around her head. The background is a dark, textured blue-green color.

Un investigador obsesionado
invade la mente de un asesino
en serie.

LUCILA CASTRO DIAZ

LUCILA CASTRO DÍAZ
LA QUINTA VÍCTIMA

Mateo Braun

Sábado, 16 de junio de 1984.

9:05 a.m.

Al llegar arriba paso sutilmente por debajo de la cinta policial que cerraba el perímetro, el pasillo estaba totalmente alborotado por los vecinos curiosos, miró a su alrededor y escuchó a unas mujeres que rezaban en voz alta mientras sostenían un rosario y pasaban las cuentas con sus dedos temblorosos, la puerta del departamento 2 A estaba abierta, Mateo saludaba con un gesto de cabeza a todos los que salían, ingresó despacio intentando esquivar a dos agentes de la policía, al fin atravesó el umbral de la puerta, algo macabro flotaba en el ambiente, la ventana de la sala principal enseñaba que afuera llovía intensamente, notó que un policía salió de la habitación y vomitó a un costado de la puerta, aprovechando esto Mateo entró a la alcoba de la víctima, lo primero que percibió fue un fuerte olor a cloro, todo estaba en penumbras, dos velas encendidas la iluminaban, una sábana blanca cubría su cuerpo desnudo hasta debajo de sus brazos, tenía el cabello prolijamente extendido por la almohada, parecía estar húmedo, dos mechetas de color negro descansaban sobre sus hombros, sus manos estaban entrelazadas, un detalle en sus uñas llamó su atención, estaban pintadas de un color rosa pálido, se inclinó para poder oler si habían sido esmaltadas recientemente. Su boca cerrada enseñaba unos contorneados y gruesos labios que parecían blancos, apenas un tono grisáceo marcaban las comisuras de su boca, su piel estaba pálida, daba el aspecto de que había perdido mucha sangre, su nariz era pequeña pero recta, sus ojos estaban cubiertos por una venda prolijamente puesta que daba la vuelta por

su cabeza por debajo del pelo, no podía apartar su mirada del cadáver.

Mateo se acercó más a ella para observarla detenidamente, su cuello enseñaba hematomas típicos de haber sido estrangulada. En ambos lados de la cama habían unas mesas de luz de color verde algo despintadas, sobre una de ellas había una fotografía de Virginia Ledesma, la mujer que yacía ahora muerta en su cama, la mostraba sonriendo, se veía radiante y llena de vida, junto al portarretratos una vela encendida, sobre la otra mesa de luz, un reloj despertador, una vela blanca casi por terminar de consumirse sobre un plato azul junto a un frasco de perfume y un cepillo, la vela indicaba que el asesino la pudo encender unos minutos antes de marcharse, como si comenzara el conocido ritual de velar a los muertos, o como si terminara su macabro rito. Quizás llevaba muerta unas cuatro horas, los ojos ansiosos de Mateo no dejaban de observarla, se preguntaba una y otra vez, ¿era Virginia Ledesma la quinta víctima del estrangulador nocturno?

Toda la habitación olía a desinfectante, miró el piso mojado y en un costado contra la pared vio unos zapatos rojos de tacón alto, verla era lúgubrementemente hermoso, casi como admirar una fotografía en una exposición de arte oscuro, se dio cuenta que estaba solo con el cadáver de la mujer. Mateo Braun no podía dejar de mirarla, había algo familiar en ella que lo deslumbró de una manera escalofriante, guardó su anotador y su lápiz y agarró la cámara fotográfica mirando hacia todos lados, estaba dentro de su bolso que cruzaba por su pecho, apuntó y disparó cinco veces antes de ser lanzado al piso por dos agentes de la policía que, al ver el flash, se dieron cuenta que un periodista se había infiltrado para hacer una toma de la escena del crimen, él no forcejeó con ellos, mientras lo levantaban del piso, siguió disparando su cámara, el flash iluminaba a la víctima mientras lo sacaban de la habitación.

Ángela Meyer

Sábado, 16 de junio de 1984.

12:30 p.m.

Diario Intimo

Esta mañana el reloj despertador se quedó repiqueteando por más de cuarenta minutos, reproduciendo ese fastidioso pitido, es extraño ya que es sábado y debería irse a trabajar, los días sábados Virginia trabaja hasta el mediodía, pero no lo apagó como de costumbre. Los policías llamaron a mi puerta cerca de las ocho y treinta, me informaron que la muchacha del departamento 2 A, Virginia Ledesma había sido asesinada durante madrugada... ¿Ella en verdad está muerta? Me pregunté asustada, no puede ser real. Su rutina era simple y la conozco a la perfección, hace siete meses que vivo en el 2 B, sé que cada día se despierta cerca de las siete y cuarto, deja repiquetear el reloj despertador durante aproximadamente diez minutos, se da una ducha muy rápida y se sienta frente al espejo, a Virginia le gusta usar el color rojo intenso para sus labios, se pone demasiada máscara negra para las pestañas porque son algo cortas, se viste siempre con faldas por debajo de la rodilla pero parece que son dos tallas menos porque le quedan demasiado ajustadas, le gusta enseñar sus curvas, peina no más de cinco minutos su negro y ondulado cabello y lo ata en un rodete por el medio de su cabeza.

Virginia tiene treinta y cinco años pero luce diez años menos, antes de irse sale a la terraza y se fuma un cigarrillo mentolado mirando el cielo, se apoya en el barandal y produce un sonido bastante molesto mientras que juega con su tacón sobre el piso, después entra y se echa en el cuello un perfume barato imitación del chanel N° 5, deja el ascensor impregnado de ese aroma para muchos exquisito, a mí me desagrada un poco, se pide un café para llevar en el bar de la esquina y camina las ocho cuabras hasta la oficina donde trabaja como secretaria, el estudio jurídico Méndez y asociados, tiene un exagerado cartel que dice, " Nos especializamos en Accidentes de tránsito."

Todos los días es la misma rutina, sin contar que todos los viernes y sábados tiene sexo y grita sus orgasmos a to-

dos los vecinos, supe hace poco que ella es la amante de un tipo viejo, al parecer se enamoró como loca, aunque no sé su nombre, por supuesto todos saben que él no es con el único que tiene un romance. Esta mañana no supe responderles correctamente a los policías, estaba algo nerviosa y había olvidado ciertos detalles que quizás hubieran ayudado para la investigación de su asesinato, Virginia Ledesma era una mujer algo diferente al resto, ayer en la noche hablé con ella por primera vez desde que vivo aquí, quizás fui la última persona en verla con vida, esta ciudad no es para mí, la gente se vuelve hormiga y todos siempre están apurados.

Eva Bonnet

Ciudad de Santa María. Buenos Aires

Sábado, 16 de junio 1984.

10:35 am

Se encontraba de pie en el umbral de la puerta del dormitorio, en sus manos tenía unas mancuernas y no dejaba de hacer fuerza mientras se mordía el labio inferior, tenía la mirada fija en el televisor, el noticiero informaba que la policía había hallado muerta a una mujer en su departamento, ¿quizás se trataba de la quinta víctima del estrangulador nocturno? Su nombre era Virginia Ledesma, una secretaria, quien según el noticiero fue hallada por un amigo el cual acudió a su departamento cerca de las 7:30 a.m. Apagó el televisor, se dio una ducha rápida, agarró del armario el primer pantalón que encontró, era uno jeans que en algún momento habían sido negros, una camiseta del mismo color cuyas letras blancas en medio del pecho decían "suicide girl" había sido escrita por ella misma con un esténcil, arriba se puso su campera de cuero, bebió un trago de ron directo del pico, agarró su bolso y salió de la casa. Todas las mañanas desayunaba en el mismo bar, a unas seis cuadras de su domicilio, aquel día se sentía un poco irritada, le molestaba bastante el asesinato de una mujer, era inevitable sentir durante algunos minutos un odio profundo hacia los

hombres maltratadores, violadores o asesinos de mujeres, cuando llegó a la esquina comenzó a llover, pero Eva detestaba usar paraguas y la siguiente cuadra la caminó con prisa bajo la lluvia, aquella ciudad la humedad y las lluvias contestes eran comunes, los bares siempre estaban poblados de personas esperando que las tormentas cedieran un poco.

Cuando ingresó al bar notó que había más gente que lo habitual, algo que no era del todo su gusto, prefería los lugares pocos concurridos para establecer conversación con los empleados, fue hasta la barra y saludo a la camarera con un beso en la magilla, algunas personas la miraron por su vestimenta negra, Eva se sentó en el mismo lugar de siempre, junto a la ventana que daba a la calle, primero se pedía un vaso de jugo de naranja y un omelete que nunca se terminaba, sacaba su cuaderno o un libro y solicitaba a la camarera un café con tía maría. Aquella mañana frente a ella estaba sentada una mujer de unos cuarenta años de cabello corto con una niña de menos de diez años, ambas comían una hamburguesa con queso doble, Eva escuchaba que cada tanto la mujer trataba mal a la niña. Cuando notó que le gritó que era una tonta inservible y buena para nada, se quedó contemplándola pensativamente esperando una reacción dañina de la madre hacía la niña, presentía que en cualquier momento algo sucedería.

—Cuando lleguemos a casa te muelo a golpes. —Le dijo la mujer a la niña sosteniéndole la muñeca con fuerza, sólo porque a su pequeña se le había dado vuelta el vaso con gaseosa sobre la mesa.

Eva comenzó a sentirse irritada y acalorada, deslizó la mirada lentamente hacia la mujer que acababa de amenazar a su hija, no era su problema pero de todos modos haría algo, la niña comenzó a sollozar, entonces Eva se puso de pie y se acercó a ellas.

—Disculpe, señora. —Dijo sentándose junto a la mujer. —Debo decirle algo que quizás no le guste, pero no soporto presenciar ningún tipo de maltrato, mucho menos a una niña. ¿Sabe algo? Hay quienes dan golpes a sus hijos di-

ciendo que los están educando cuando lo cierto es que están desahogando sus frustraciones, claro está que si usted lo desea antes de ponerle una mano encima a la niña otra vez puede visitarme en mi casa así yo me desquitó con usted mis frustraciones, sepa que sólo nos separan dos calles. —Le dijo Eva mirándola muy de cerca, la mujer la miró con miedo. —Tu madre y yo ya somos como amigas, somos vecinas, vivo a dos cuadras de tu casa ¿Cuál es tu nombre? — Le preguntó Eva a la niña.

—Verónica. —Respondió la niña con miedo mirando a su madre.

La mujer se levantó de la silla y sin decir nada se retiraron del bar.

—Otra vez espantando a los clientes Eva. —Le dijo la camarera sonriendo.

—Como que mi nombre es Eva que si la encuentro sola en la calle terminaremos mal. —Dijo Eva recogiendo sus cosas de la mesa.

—Deja de meterte en problemas.. —Dijo la camarera.

—Se notaba que la nena estaba feliz porque puse en su lugar a su maldita madre. —sonriendo, le entregó un billete para pagar su desayuno

—Quédate con el cambio.

—Gracias Eva. ¿Y cuándo vas a tocar alguna melodía para mí? Siempre te veo cargar el violín pero nunca te escuché. —Le dijo la camarera.

—En otra ocasión, hasta mañana Juana, mándale saludos a tu nene, tengo cita con un loquero y no quiero llegar tarde. —Dijo Eva saliendo.

Eva no lograba dormir en las noches, sufría de terrores nocturnos, sentía que los viejos fantasmas del pasado regresaban otra vez para nublar su futuro, pero estaba decidida a enfrentarlos esta vez, no iba caer sin luchar primero, realizar terapia con el psicólogo Darío Sáenz a quien conoció por un anuncio en el diario local, era mejor que volver a terapia con el Dr. Menéndez, director del establecimiento donde había estado internada.

Darío Sáenz

Ciudad de Santa María. Buenos Aires
Sábado, 16 de junio de 1984. 11:25 am

La lluvia había cedido, el cielo relampagueaba bajo unas espesas y densas nubes negras, miraba detenidamente por la ventana, sostenía entre sus manos una taza, a sus espaldas el televisor encendido iluminaba tenuemente el consultorio, se escuchaba el noticiero, una vecina hablaba sobre Virginia Ledesma en cámara, la mujer asesinada en la capital. Sopló suavemente el vapor que despedía la taza y dio un pequeño sorbo al café, Darío bebía demasiado café y fumaba en exceso, esperaba a su nueva paciente, Eva Bonnet, la chica había pasado un año en el hospital psiquiátrico "Leonardo Meyer" de la ciudad Santa María, en el año 1973 debido a un brote de ira. Se encendió un cigarrillo y abrió un lado del ventanal para exhalar el humo hacia fuera, el aroma a la madre selva bañada por la lluvia inundó su consultorio, un relámpago estalló e instintivamente miró el cielo, apagó la televisión y se sentó cómodamente, Darío vivía solo en una modesta casa ubicada en el centro de la ciudad, aún no había contraído matrimonio ni tenía novia, le interesaba más su carrera, atendía a sus pacientes en un consultorio que daba a la calle.

—Adelante. —Dijo al escuchar que tocaron a su puerta apagando la colilla de su cigarrillo, el cenicero estaba repleto.

—Le traje el expediente que me solicitó, llegó esta mañana. —Le dijo la enfermera que trabajaba para él.

—Gracias Julia, en cuanto llegue la paciente hágala pasar, la señora de las 11:30 no va a venir. —Dijo acomodándose en la silla y abriendo la carpeta, le gustaba informarse bien antes de atender por primera vez a un paciente.

Sabía que le esperaba un día igual a los otros, la mayoría eran similares, su rutina era escuchar atentamente a sus pacientes quejarse y acto seguido verlos llorar, él debía de hurgar en los recuerdos, lo típico de su día en el consultorio era escuchar al Sr. Márquez maldiciendo a su madre, a

Damián Lombardo que se travestía a escondidas de su esposa, a la empleada de la farmacia y sus heridas emocionales provocadas por su padre alcohólico, a la Sra. Sánchez que una vez más le contaría la misma historia de cuando su esposo le fue infiel con la muchacha de la verdulería, su voz aguda y penetrante en tonos altos mientras se quejaba de sus hijos y nietos, ella siempre tenía por qué quejarse. La palabra madre y padre prácticamente la escuchaba unas veinte veces en cada sesión, de diferentes personas y voces, como si todos se pusieran de acuerdo, todos tienen algún trauma o fascinación por su madre por su padre. Darío estaba acostumbrado a escuchar sobre madres crueles, sexualmente activas, otras fallecidas que seguían vivas para sus hijos, otras que sus hijos querían matar, madrastras malvadas, aunque la palabra hijo era también muy recurrente, sobre todo hijo adolescente, hijos demasiados buenos, otros extremadamente malos, madres e hijos era para Darío el tema que escuchaba día tras día en su consultorio. En ocasiones anhelaba que alguno de sus pacientes respirara hondamente para olvidarse por un instante de la rabia que los dominaba o lograsen comprender que en realidad esa furia era hacia ellos mismos.

Esperaba que Eva Bonnet hablara de su madre, comenzó a leer el expediente, nada lo sorprendía en materia psiquiátrica, leyó el diagnóstico del psiquiatra del Hospital Meyer y prosiguió con la lectura del expediente policial, casi logró visualizar los acontecimientos que la habían destinado al neuropsiquiátrico a medida que recorría las páginas.

El lunes 5 de Julio de 1973. En la ciudad de Santa María, terminal de trenes, la policía arrestó a una mujer por agredir físicamente a un hombre que acaba de robar la cartera a una mujer de setenta años, llamada Cáliz Ruiz, el asaltante fue lanzado al piso a metros del lugar donde fue atacada la Sra. Ruiz, por Eva Bonnet de dieciocho años, la chica mordió en el rostro al ladrón y comenzó a golpearlo dándole puntapiés en el abdomen, se necesitaron dos policías para someterla.

CAPITULO 1

Ángela

Tres días antes del homicidio.

Miércoles, 13 de junio 1984.

5:14 PM.

Alzó la cabeza para contemplar el cielo gris de aquella tarde de invierno, miró a su alrededor, a unos pocos metros notó la figura de un hombre, estaba apoyado contra un árbol, a lo lejos se veía como una sombra ya que llevaba puesto un largo abrigo negro, Ángela al verlo enseguida se dio media vuelta, no supo si ir hasta él o quedarse de pie frente al cajón próximo al descenso, el hombre le hizo un gesto corto con la mano en señal de saludo, ella regresó su mirada a la profundidad de la tierra, no estaba segura de acercarse para saludarlo, sólo pensaba en que quizás su abuela estaría a su lado en espíritu, por eso la cantidad de coronas y flores rojas que le había comprado. Alicia Meyer adoraba las rosas rojas, siete docenas de estas flores formaban un corazón y en medio un lazo que decía "Alicia Meyer vivirás por siempre en mí". Mientras el sacerdote pedía por el descanso de su alma, ella pensó en sus palabras, Ángela no era para nada católica y aunque le resultara estúpido su sermón, ya lo había pagado, quería despedir a su querida abuela como lo merece una persona devota, se sentía vacía por dentro, como si ya nada pudiera lastimarla, para ella la muerte era el fin ineludible de toda vida orgánica en la tierra, pero desde el punto de vista cristiano, la muerte de una persona no es un hecho normal o preciso, era el resultado ladesobediencia de nuestros antepasados.

—De la tierra eres y a ella volverás. —Dijo el cura. Su voz áspera no logró conmoverla ni un poco, cerrando la biblia él despidió a Ángela, ella se quedó sola, echó un puñado de tierra sobre el ataúd y se quedó observando como la cubrían los sepultureros, a un costado estaba la tumba de

su abuelo y pensó que Alicia estaría reposando entre dos personas muy amadas, su esposo y su hija, se inclinó sobre la tumba de Sofía Meyer para dejarle una rosa, —No me olvides, tía.. —Dijo entre susurros, se levantó y comenzó a caminar hacia la salida, el hombre de negro que presenciaba el entierro desde lejos ya no estaba. En los angostos caminos de asfalto forrados por una espesa alfombra de hojas secas, Ángela se cruzó con una anciana en silla de ruedas, llevaba un hermoso ramo de flores sobre sus piernas, era guiada por una muchacha, ambas la miraron y le brindaron una tenue sonrisa, Ángela siguió su camino.

La noche del Homicidio del Virginia Ledesma.

Sábado, 16 de junio 1984.

Madrugada 4:00 am.

El sonido de un golpe irrumpió en la noche, fue como si algún objeto de vidrio se hubiera caído sobre el piso, Ángela abrió los ojos intrigada por aquel ruido, tenía un sueño muy ligero y cualquier tipo de sonido podía despertarla, se sentó en su cama, observó el reloj despertador que tenía sobre la mesa de luz, eran las cuatro de la madrugada, la habitación estaba en penumbras, se dejó caer sobre las almohadas nuevamente, apretó los párpados para regresar al sueño. A los pocos segundos pudo oír a su vecina, casi todas las noches tenía relaciones sexuales con su amante, Ángela sonrió al escuchar los gemidos de placer de Virginia, dio media vuelta en la cama e intentó volver a dormir, pero los gemidos cambiaron, se tornaron un poco extraños, no parecían de placer, Ángela se levantó de la cama, caminó por la habitación, sus pequeños pasos no producían ningún sonido, tenía puestas unas medias rojas de algodón, la pared de su cuarto era delgada y compartía el balcón con su vecina, era un departamento económico pero amplió ubicado en la metrópolis.

Apoyó su oído en la pared, intentando escuchar que ocurría del otro lado, pero nada, sólo ruidos de algunas cosas cayendo en la habitación de al lado, entonces decidió ir a la puerta del balcón donde lograría escuchar mejor, Ángela

gela abrió con mucho cuidado para espiar hacia la galería, un viento frío acarició su rostro, se asomó con precaución de no ser vista, la mujer de al lado había dejado las puertas abiertas otra vez, se enderezó y miró alrededor pero no logró ver nada las cortinas estaba cerradas aunque se mecían con el viento, entonces cuando se disponía a cerrar su puerta, pudo escuchar un leve gemido, no parecía de placer, era como de ahogo, como si alguien estuviera apretando su garganta, este sonido provenía de detrás de las cortinas pero Ángela no lograba ver nada, se escuchó nuevamente golpes como de un cuerpo siendo aventado contra la pared, prontamente el silencio otra vez, con mucho cuidado consiguió asomar medio cuerpo hacia la galería, el viento movió un poco más fuerte la tela de las cortinas y alcanzó ver la figura de un hombre, estaba de espalda completamente desnudo, su cabello era entre cano y dejaba ver un color rubio.

Ángela cerró la puerta asustada y corrió para agarrar el teléfono, pensó en llamar a la policía, ¿Algún ladrón habría entrado y estaba corriendo riesgo su vida y la de Virginia? Se preguntó, pero no era anormal que Virginia Ledesma llevara hombres los fines de semana a su departamento, esperó unos minutos, el silencio reinaba, se escuchó a la distancia el ruido del tránsito, alguien parecía estar moviendo un mueble en el departamento de al lado, al oírse que había encendido la radio, decidió regresar a su cama, al parecer estaba todo en orden, no había ingresado ningún ladrón al departamento de su vecina, más bien ella acaba de tener sexo con un poco de violencia, Virginia siempre ponía la música un poco tarde, cuando ya algunos vecinos habían escuchado sus orgasmos, Ángela pensó que ya estaba todo en orden y regresó a su habitación, la radio lanzaba al aire otro fin de semana música disco, Ángela deslizó los pies por las cerámicas enceradas en las penumbras moviendo un poco la cabeza intentando seguir el ritmo de la canción y se tiró en la cama.

Sábado, 16 de junio 1984.

Mañana. 8:30 a.m

Por la mañana siguiente, muy temprano, llamaron a su puerta, Ángela se despertó sobresaltada, notó que tenía las medias rojas y el camisón mojados de agua, miró a su alrededor y advirtió que en la habitación el piso estaba también mojado, una de las hojas de la puerta que daba hacia al balcón estaba abierta, se sintió confundida, se quitó las medias y el camisón, se cubrió con la bata y se calzó como pudo unas zapatillas, mientras caminaba con rapidez para atender el llamado su gato se cruzó entre sus piernas y se tropezó, acomodó su cabello largo a un costado y abrió la puerta principal de su departamento, del otro lado estaban dos agentes de la policía, le dijeron que necesitaban un testigo para que diera fe del buen accionar policial, además debían hacerle algunas preguntas por el asesinato ocurrido en el departamento 2 A, Ángela no comprendió.

—¿Qué ocurrió?, ¿A quién asesinaron? —Preguntó asustada.

—Virginia Ledesma. —Respondió el oficial mirando su anotador.

Ella siguió a los policías, el pasillo estaba mojado, la escalera había sido vallada del otro lado había curiosos y vecinos del edificio que querían saber que había pasado, junto al ascensor había un policía custodiando, ingresaron al departamento, le pidieron que se sentará en uno de los sillones en el living, escuchó a alguien decir que habían asesinado a la secretaria Virginia Ledesma. En el baño la tina había sido dejada con el grifo abierto, al igual que todas las canillas, el departamento estaba desordenado, habían revistas esparcidas por todos lados, en una mesa cerca de los sillones una caja de pizza y servilletas de papel hechas bultos manchadas con lápiz labial rojo, dos platos con porciones sin terminar, junto al sillón había una mesa pequeña de vidrio, allí yacían dos copas vacías, un cenicero repleto de colillas y ropa interior femenina, Ángela observaba todo, sintió escalofríos al escuchar, —“Le quitaron los ojos.” — Aquellas palabras de uno de los oficiales resonaban en la mente de Ángela, se sentía confundida y asustada, encon-

traron el cuerpo desnudo de Virginia Ledesma en la cama, la habían bañado, peinado y su posición era perfecta, la sábana que la cubría dibujaba los contornos de su cuerpo, era la única habitación limpia. Ángela debió ingresar por unos pocos minutos, al verla sintió lastima, la palidez espectral de su piel, su cabello negro extendido por la almohada, se asemejaba a una muñeca, sus ojos estaban cuidadosamente vendados, se dejó llevar por la melancolía, no podía creer que estuviera muerta, se veía tan delicada, tan bella y joven que imposible no sentir tristeza.

No había manchas de sangre ni tampoco una sola huella dactilar de alguien que no fuera la víctima, un fuerte olor a cloro se percibía en todo el departamento, —“Fue estrangulada.” —Dijo alguien, las marcas moradas en su cuello eran notables, le habían sacado los ojos, estos fueron extraídos de una manera quirúrgica, de cuajo, no fueron hallados en ninguna parte. ¿Quién podría hacer algo tan cruel a una muchacha tan joven y encantadora? Se preguntó Ángela con los ojos cargados de lágrimas, estaba conmovida, se retiró lentamente de la habitación en donde estaba el cadáver.

Los policías le hicieron todo tipo de preguntas, al igual que a cada vecino del edificio, ¿Había escuchado gritos? ¿Era amiga de la víctima? ¿Tenía algún tipo de relación con la mujer asesinada? Ángela les dijo sobre la corta conversación que tuvieron en la noche mientras su amigo se duchaba, les dijo que ella no conocía a su invitado, que no era amiga de Virginia Ledesma pese a compartir la galería, la mujer trabajaba mucho y casi nunca se veían, aunque podía afirmar que en muchas oportunidades se oían diferentes voces masculinas, sobre todo los días viernes o sábados. El flash de una cámara fotográfica iluminó la habitación donde estaba el cadáver, los policías corrieron, fue entonces que se lanzaron sobre uno de los periodistas que acaba de tomar unas fotos de la escena del crimen —Siempre se infiltra alguno de estos hijos de puta amarillitas. —“ Dijo el detective a Ángela.